
JOHN KEANE: VIDA PÚBLICA Y DEMOCRACIA¹

Víctor Alarcón Olguín

En los tiempos recientes, la sociología y la politología británicas han sufrido una serie de innovaciones que les han llevado del clásico terreno aislacionista con que se vislumbraba su desarrollo social —muy cercano a veces al excepcionalismo con que los estadounidenses analizan a su sistema— hasta un pleno debate que ahora incorpora temas que están más dentro de una vena “continental” europea.

Justo en esta dirección podemos situar el trabajo de John Keane (actualmente adscrito a la Universidad de Westminster), quien justamente ha logrado motivar este avivamiento dentro y fuera de la sociología británica, mediante la presentación de pensadores tan disímbolos del pasado y del presente —pero curiosamente interconectados entre sí— como pueden serlo Thomas Paine, Max Weber, Carl Schmitt o Claus Offe.

En forma más específica, deseo en esta pequeña nota poder referirme a varias de las contribuciones temáticas del profesor Keane, justo a partir de dos de sus obras que se encuentran traducidas al castellano: *La Vida Pública y el Capitalismo Tardío*, (1984), así como *Democracia y Sociedad Civil* (1988).²

¹ Este trabajo originalmente parte de un texto leído en la presentación de *La vida pública y el capitalismo tardío*, misma que contó con los comentarios críticos del profesor Keane (marzo 20, 1995).

² Ambas traducidas por Alianza Editorial en 1992, 452 y 252 pp., respectivamente.

De igual manera, como el autor se ha propuesto demostrar en ambas obras, se podría afirmar que el socialismo libra hoy sus últimas batallas, aunque ya no desde un horizonte emancipatorio que concite la otrora simpatía que disfrutó en décadas pasadas. Pero en este caso, la primera pregunta que pongo sobre la mesa, después de haber leído los trabajos del profesor Keane, es la siguiente: ¿Es posible enmendar el camino? ¿Es posible creer que el socialismo por sí mismo puede construir y respetar un proyecto de vida pública democrática que tome en cuenta al individuo, a la sociedad civil y al Estado *al mismo tiempo*?

Considero esta pregunta como obligada, ya que el socialismo que intenta sobrevivir en sus versiones actuales encuentra a sociedades exhaustas y escépticas; a sociedades que dentro de sus crisis efectivamente existentes claman democracia, empleo digno y expectativas por preservar una cultura colectiva como naciones. En cierto sentido, el socialismo sobreviviente a dichos estallamientos culturales posee muchos fragmentos y crisis simultáneas que difícilmente podrán ser estimadas y resueltas con el mismo nivel de prioridades por la ciudadanía.³

Como señala el propio profesor Keane, el reto del socialismo posterior a 1989 ya no puede reivindicar gratuitamente ni la propiedad colectiva ni el estatismo a ultranza, con lo cual se ha tenido que lanzar a la búsqueda de un nuevo bagaje valorativo que le otorgue un curso de identidad crítica ante las injusticias que el mundo contemporáneo sigue manteniendo hoy en día.

En síntesis, el dilema del socialismo ante su propia crisis encuentra a naciones deseosas de una auténtica vida pública, misma que se puede definir como aquel espacio de acción colectiva en donde se le pida su opinión y se le reconozca su participación ciudadana al individuo. Sin embargo, el socialismo ya no es, y quizá no lo será durante un buen tiempo, la correa de transmisión central para poder lograr la gran transformación histórica que desde ahora nos demanda como impostergable el naciente siglo XXI.

³ Dicho tema fue recientemente desarrollado por el profesor Keane en su artículo "Naciones, nacionalismo y ciudadanos en Europa", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 46, núm. 2 (140), Barcelona, UNESCO, 1994, pp. 203-219.

Partiendo de la evaluación emprendida por el propio autor, la democracia vuelve a emerger como el punto de contacto fundamental entre economía y política, dejando en un segundo plano la siempre difícil tarea de compatibilizar a los polos de la igualdad y de la libertad.⁴ Me parece que esta proposición es ciertamente original, aunque indudablemente confirma el reacomodo incierto por el que todos los partidos y militantes de izquierda, particularmente la socialdemocracia europea, han tenido que pasar ante la avasalladora fuerza con la cual se han impuesto el capitalismo tecnocrático, el principio del mercado y el liberalismo económico conservador más allá de la propia Europa. Pero en este sentido, la lectura de la obra del profesor Keane es oportuna desde este lado del mundo. El mensaje es claro: tengamos cuidado con los giros y las fáciles adaptaciones; tengamos cuidado de las obstinaciones que impiden reconocer el error y de lo que podemos aprender de ellos.

No es una advertencia sólo válida desde un enfoque democrático u socialista; es un mensaje de que toda ideología que pregone racionalidad, legitimidad y un contrato basado en el consenso de masas debe aprender a protegerse de sí misma. Es por ello que estos años de adhesión neoliberal y neoconservadora nos deben dar la certeza de cuán falibles son y seguirán siendo las ideologías que se aplican con fe, pero no con razón y modestia; nos deben hacer reconsiderar cuáles son los deseos y las cotidianas aspiraciones del ciudadano común, en vez de suponer que requieren de las complejas e inaccesibles proposiciones de un progreso salvaje que contradictoriamente nos acerca al surgimiento de una nueva Edad Media en donde la educación, la transmisión del conocimiento y el trabajo como armas de transformación y ejercicio de la libertad sólo serán privilegio de unos cuantos.

Sin duda, el diagnóstico del profesor Keane nos alerta sobre este reto que la propia Historia pone ante nosotros. La misión es quizá titánica: la

⁴ En esa dirección está fundamentado *Democracia y Sociedad Civil*. Especialmente ver sus trabajos: "Los límites de la acción estatal" (pp. 17-50) y "Democracia, Ideología, Relatividad" (pp. 250-286). En *La vida pública y el capitalismo tardío*, puede revisarse su ensayo "Elementos para una teoría socialista de la vida pública" (pp. 213-297).

reconquista de la dimensión ética y humana de la democracia, pero sin prescindir del Estado, pero tampoco de la Sociedad. Esta proposición implica por añadidura el replanteamiento crucial de la gran disputa donde la democracia y la vida pública han permanecido atrapadas en su propia "jaula de hierro", relativa a tener que optar entre más Estado o más Sociedad.

La sugerencia de Keane, que comparto inicialmente, es que debemos ir al encuentro del Estado y de la Sociedad eficientes, en tanto factores de la vida pública democrática en los planos económico y político. Yo diría, a partir de lo establecido por el propio Keane, que la democracia puede ser perfectible y adaptable; de ahí que su capacidad como método decisorio, no sólo puede darse desde el Estado, tal y como lo conciben los socialistas y los social-demócratas, sino desde la propia sociedad civil, mediante mecanismos alternativos que se resistan a renunciar ante el enorme peso de la tecnología del video-poder y la ingeniería social dirigida propuesta por el institucionalismo y algunas versiones del neoclasicismo económico, por ejemplo.⁵ Lo anterior es un tema crucial para cómo reconstituir la vida y las esferas autónomas de lo público y del público a través de la acción comunicativa en situaciones de crisis.

Bajo la idea de que el cambio económico precede al cambio político-social, tanto socialistas puros como liberales conservadores han mostrado los costos de sus respectivas ortodoxias basadas en el equilibrio y la expectativa racional. Unos y otros intentos dirigistas justamente han atentado contra la democracia al negar la pluralidad, el derecho a la diferencia y la defensa frente al abuso de la autoridad.

Paradójicamente, dicha situación de estancamiento burocrático-organizativo tanto del Estado como de la Sociedad Civil han sido criticadas con argumentos liberales o socialistas, si lo que se busca es conquistar o más libertad (autonomía), o más igualdad (isonomía) a través del derecho y la aplicación de las leyes.

⁵ Al respecto, vale la pena contrastar la postura de Keane con los trabajos hechos recientemente por Giovanni Sartori sobre el problema del video-poder. También *vid.* "¿Una sociedad totalmente administrada? Adelantos logrados en la teoría del capitalismo tardío", en *La vida pública...*, pp. 133-211.

Sin embargo, Keane señala con nitidez cuál es la esencia antagónica que el capitalismo tardío presenta para la democracia: el proceso de burocratización. Es decir, la demanda permanente por mecanismos destinados a regular y equilibrar un orden de cosas operativo entre el Estado y la Sociedad, convirtiendo así a la democracia en un ejercicio pasivo y tendencialmente secundario en la medida que se privilegia a la actividad económica en tanto eje de la existencia colectiva.⁶

Así, Keane nos propone una salida que él no se atreve a llamarla liberal, pero tampoco socialista, sino esencialmente democrática, y que consiste en la ruptura de los arreglos de la falsa representatividad corporativa y partidaria dentro y fuera de las esferas estatales y productivas. La democracia, en tanto puntal de la vida pública, debe proveerse de tradiciones y principios útiles, no de dogmas inmutables. De ahí que Keane considere que un nexo posible entre socialismo y democracia pueda fundarse a partir de la ruptura de los mitos del profesionalismo y la especialización que persisten dentro de los procesos de trabajo operantes desde la Edad Media.⁷

Es decir, el argumento de que sólo el experto, el líder o el intelectual puedan decidir, hacer o permitir hacer dentro de una determinada esfera de acción, sin duda es limitado para captar las redes de racionalidad y legitimidad sobre las cuales se han sostenido el capitalismo tardío y el socialismo totalitario, respectivamente.

Mientras que el capitalismo tardío termina por fragmentar a los individuos dando paso al autoritarismo, en el socialismo totalitario se busca negar la individualidad para someter todo acto a la lógica del partido o del Estado. En suma, ambos proyectos degeneran en la perversión del poder.

⁶ En este punto es muy sintomático su ensayo "Recordando a los muertos. Sociedad civil y Estado desde Hobbes hasta Marx y más allá", contenido en *Democracia y Sociedad Civil*, pp. 51-92; así como "El liberalismo sitiado: el poder, la legitimación y el destino de la moderna teoría del contrato", en *La vida pública...*, pp. 363-429.

⁷ Ver, por ejemplo, "Trabajo y Proceso de Civilización", en *Democracia y Sociedad Civil*, pp. 93-128, además de "El capitalismo y la destrucción creadora", en *La vida pública...*, pp. 299-361.

Aquí es más evidente que Keane acierta en decir que nuestro dilema contemporáneo es ser amigos o no de la democracia.

No obstante, el momento actual del capitalismo tardío indica que los fundamentos contractuales de la democracia liberal, aunque útil para Keane, siguen siendo esencialmente procedimentales, más no interactivos. Esto es, la población básicamente continúa atendida a principios competitivos como las elecciones en tanto método democrático por excelencia, pero dejando de lado la defensa de alternativas en áreas como el ámbito de la escuela, la familia, las relaciones laborales, entre otras muchas esferas que adicionalmente ponen en duda nuestras fronteras conceptuales acerca de qué constituye actualmente lo público y lo privado; de qué constituye o no el plano de lo político en términos de reconocer cuáles procedimientos participatorios son auténticamente productos de la deliberación, y no un simple producto de un esquema organizacional autoritario.

Como otra preocupación importante de su obra, Keane intenta explorar opciones ante la sentencia weberiana de que las burocracias y la demanda de una racionalización instrumental tarde o temprano se imponen como factores de control y equilibrio en toda Sociedad y Estado.

Contra la tendencia positivista imperante por la organización de los gobiernos locales y la definición de nuevas identidades profesional-sociales, que en su momento fueron defendidas por los partidarios del Estado de Bienestar, Keane señala que debimos estar atentos a que estas estrategias no redundaran en nuevas versiones de organización vertical y autoritaria; mismas que al final estuvieron totalmente contrarias a la idea original de la descentralización del poder, ya que éstas finalmente constituyeron esfuerzos más sofisticados para lograr la despolitización y mediatización de la vida pública.

Sin embargo, Keane nos advierte que las propias burocracias, por lo regular, son incapaces de ir hacia adelante. Pero cuando lo hacen, enormes conflictos de modernización y cambio conceptual dentro del Estado y la Sociedad tienen lugar. La democracia no siempre tiene simpatizantes convencidos al momento de iniciarse una política de reformas, pero al mismo tiempo, es un error refrenar o institucionalizar en forma unilateral toda actividad dirigista de las políticas y libertades públicas. Este es un

punto notable de lectura anticipatoria de Keane, teniendo en cuenta que sus trabajos preceden temporalmente a los procesos de transición y cambio político-institucional experimentados en América Latina y Europa del Este.

Al abogar por la existencia de periodos de necesaria ruptura para dinamizar los procesos burocráticos y la vida pública, Keane nos permite tener una explicación muy clara acerca de lo que hoy diversos autores han venido a llamar como la "política de la anti-política". Es decir, el surgimiento de individuos y movimientos periféricos que están dentro del sistema, pero que rompen el centro burocrático al introducir nuevos códigos y conductas de resistencia que vuelven obsoletos los viejos canales de negociación corporativa y de organización del Estado.

Resulta irónico constatar que todas las estrategias democratizadoras que propone Keane como mecanismos de defensa de la vida pública, sean esencialmente de origen liberal y aplicables a la constitución del individuo: deliberación, resistencia, pluralismo, incertidumbre, responsabilidad del funcionario ante el público. En ese sentido, apelar al pensamiento rousseauiano, en su percepción de que las libertades natural, civil y política son componentes inobjetables en toda democracia, no es ninguna casualidad. Y quizá como sugerencia, habría también que pensar en toda la herencia dual del pensamiento clásico moderno del siglo XVII, tan olvidado en nuestros días, mismo que justamente se debatió entre los caminos de la eticidad *versus* el racionalismo.

En este sentido, mi modesta observación crítica al profesor Keane es de que ciertas dosis conjuntas de liberalismo y socialismo, moderadas por la democracia, y aplicadas en áreas y procesos específicos, pueden ser útiles y complementarias para el desarrollo histórico de las sociedades. Así, nuestra aspiración moderna sería construir una democracia con individuos verdaderamente actuantes dentro de una sociedad vigorosa en su vida pública, y combinada con un Estado real capaz de responder a las demandas de una justicia e igualdad distributivas. De esta manera, parcialmente escaparíamos al eterno problema de pretender que el Estado o la Sociedad respondan o se adapten *ex-ante* como realidades unilaterales e inconexas—sean éstas liberales o socialistas— a nuestras expectativas racionales.

El riesgo de continuar este diálogo de sordos en donde la soberbia

ideológica es la regla, finalmente implica no asumir que todo proceso o acto social como lo es la democracia se vive *in situ*, es decir, dentro y alrededor de cada uno de nosotros. Esto es crucial para así reencontrar el sentido primigenio de la vida pública, mismo que radica en la existencia de una agenda de intereses comunes y medios de opinión que no queden reducidos en su acceso a sólo unos pocos.

Por esta razón, ir al encuentro de la obra de John Keane puede servir en mucho no sólo para conocer a uno de los lectores contemporáneos más propositivos que han surgido en las postrimerias de este siglo, sino que en sus páginas podremos encontrar opciones muy interesantes a temas tan complejos como definir el carácter plenamente acíclico, pero a la vez continuo, de las crisis del capitalismo actual y, en consecuencia, admitir la quiebra del Estado como expectativa racional para un arribo programado al socialismo.

De ahí que la conjunción de problemas fundacionales y operativos dentro del capitalismo nos muestra un paradójico escenario urgido por métodos de control y gobernabilidad que por ahora implican negar el futuro de la tierra prometida del próximo siglo, cifrado en la globalidad y un ejercicio democrático liberal sin fronteras. Ante ello, ¿finalmente tendremos que pronosticar el triunfo del Leviatán? La pregunta queda en el aire.